



Facultad de Medicina, Universidad Complutense de Madrid.

# DIVAGACIONES SOBRE LA EDUCACIÓN SENTIMENTAL

## Palabras cómo carámbanos



Por Francisco Javier Barbado

### Exordio

El médico polaco Andrzej Szczeklik en su cautivador libro, lleno de lirismo, “Catarsis. Sobre el poder curativo de la naturaleza y el arte” (Acantilado, 2010) escribe que “desde tiempos inmemoriales, el hombre había soñado con congelar los sonidos, las palabras e incluso la música”.

Antífanos de Rodas (h 408-334 a.n.e.) fue un comediante griego, al que se le atribuyen unos 135 títulos y alrededor de 300 fragmentos. La mayoría de sus obras eran paro-

dias de asuntos mitológicos, de gran agudeza y estilo elegante. Antífanos, fámulo de Platón, según Szczeklik “habló de un país donde los inviernos eran tan crudos que las palabras se congelaban en el aire. Cuando se derretían en verano, los lugareños se enteraban de lo que se había dicho en invierno, al igual que solo en el umbral de la vejez los discípulos de Platón empezaban a comprender las palabras del maestro que habían escuchado de jóvenes”.

Jorge Wagensberg en sus recientes memorias (Algunos años después,

2014) se apoya en lo que podríamos denominar “teoría del carámbano” en versión “raíces y frutos”: “... porque escarbando en la infancia uno termina por tropezarse con las raíces ocultas de buena parte de lo que luego ha ocurrido. Esa es la idea: desenredar la intrincada maraña que media entre frutos y raíces. A veces, la raíz es la frase de un maestro y el fruto una manera de proceder décadas después”.

Se trata de atar cabos, que para Juan José Millás, cuyo ilustre predecesor fue don Wenceslao Fernández Flórez (‘Visones de neurastenia’, 1950) es “una expresión acertadísima. Describe lo que ocurre en la cabeza de alguien cuando se asocian dos o más hechos alejados en el tiempo o en el espacio” (El País, 4-5-18). Desde esta perspectiva la educación sentimental es el arte de atar las ideas sueltas.

Sin duda, la educación sentimental que uno acarrea toda su vida se esculpe en la más tierna infancia, pero las palabras que se congelan durante la formación escolar y universitaria se pueden deshelar a lo largo de la vida. Por eso son sugestivas las palabras de Publio Virgilio Marón en la Eneida “reconozco los vestigios de una antigua llama”. Desde Aristófanes (445-386 a.n.e.), la gran figura de la Comedia Antigua, la mirada docente no es como llenar un vaso, ¡es como encender un fuego! Juan Luis Vives (1492- 1540), el gran humanista valenciano, en la escena La Educación dentro de sus pedagógicos Diálogos (Calpe, Colección Uni-

versal, 1922) nos muestra al maestro Flexibulo que advierte a su alumno: “Si quieres calentar algo, ¡lo lograrás con fuego pintado!; “Si quieres cortar, ¡lo harás con un cuchillo pintado en un lienzo”.

### El bachillerato

El filósofo Emilio Lledó sostiene que “a la escuela se debe acudir para reflexionar, leer, entender las palabras y estudiar el lenguaje”. Palabras a veces perdidas por el largo camino de la vida. Sin duda, la educación es inculcar, inocular curiosidad, hacer razonar y despertar un pensamiento crítico imprescindible para saber aprender toda la vida.

En mis andanzas de paseante crónico, callejear, vagabundear sin rumbo, ir a alguna parte sin ir a ninguna, en mi nuevo oficio de curioso y vagante me han aflorado un laberinto de palabras carámbano descongeladas por el frío de la senectud.

El bachillerato a mediados del siglo pasado basado en el modelo francés, era muy duro, denso, culto e intelectual, con predominio de la enseñanza memorística, poco sentimental a excepción de la llamada Formación del Espíritu Nacional.

Conservo como un documento histórico los enunciados en las papeletas de los exámenes de las reválidas de cuarto y sexto curso -junio de 1958 y julio de 1960- de las asignaturas: literatura, francés, religión, latín, física, biología, matemáticas, ciencias naturales, química, historia del arte y de la cultura, hidrología de España. Son una evidencia de su



excelencia y complejidad: probablemente ahora habría dificultad hasta para la comprensión del texto que formula las preguntas.

Una tarde colegial parda y triste de invierno. Monotonía de lluvia tras los cristales machadianos. El hermano marista, de ojos turbios y negra sotana, regruñía en clase de literatura: “Azorín no dice nada, está vacío”. Cuando años más tarde leí *Veraneo sentimental* (1944) sentí la emoción de la poesía de la vida cotidiana. Algunas décadas después pude ver en la Guía bibliográfica de Azorín (F. Sainz de Bujanda, 1974) un catálogo de lo que sí dijo Azorín.

Con don Pío Baroja el ensañamiento era más explícito. En clase se le nombraba como “el impío don Pío” y se detallaba que “en algunas de sus obras el escritor hace poco honor a su nombre” y se nombraban las brutalidades que decía en la novela *Camino de perfección* sobre Cristo y el Sagrado Corazón de Jesús. Sin embargo, de forma paradójica, en el libro de texto (*Lengua y Literatura*, Edelvives, 1956) se destacaba que era “uno de los novelistas más fecundos y vigorosos de nuestra literatura contemporánea” y “una de las figuras más característica de nuestras letras”; aunque tachado de “temperamento tenaz, bronco, rebelde, escéptico y pesimista”, se reconoce que “su estilo es enérgico y de gran color”.

Esta educación sentimental literaria dio lugar a mi pasión por la obra de don Pío y me convirtió en un médico barojiano, con una especie de “barojitis” o neurosis barojiana.

Las clases de física del curso Preuniversitario, un compañero de pupitre -hoy arquitecto y pintor de prestigio- nos bombardeaba con un frase enigmática: ¡somos ondas que se expanden por el universo! ¿Qué ondas? preguntaba yo. Y muy serio aclaraba: ¡somos ondas electromagnéticas!

En una conferencia del físico Juan Pérez Mercader en torno a su libro “¿Qué sabemos del universo? De antes del Big Bang al origen de la vida” (*Temas de Debate*, 2000) encontré el hilo de Ariadna que me llevó al enigma de mi amigo de “Preu”. Sostiene Pérez Mercader: “el Universo, el todo, está constituido por materia, radiación, espacio-tiempo y vacío”; “la radiación la componen los portadores de las cuatro fuerzas, la fuerza fuerte, la electromagnética, la débil y la gravitatoria (...); “la fuerza electromagnética es responsable de la luz, de la interacción de los átomos que da lugar a las moléculas, y, por, ello, de la vida; es la más “humana” de las fuerzas...”

Las sugestivas palabras de mi condiscípulo las veo en lenguaje actual del matemático Marcus du Sautoy (Lo que no podemos saber, Acantilado 2018) “somos una manifestación física de las matemáticas”.

Quizás las palabras carámbano en un colegial actual sean “somos fluctuaciones cuánticas del vacío” (José Luis Fernández Barbón, “Del Big bang a los agujeros negros: un viaje por el universo de Stephen Hawking”, Fundación Areces, 2018), pero Ay! las palabras se deshuelan y nos llevan a su significado tardíamente, como a los discípulos de Platón.

### La Universidad

El profesor don Antonio Gallego, un hombre corpulento, con mirada de lince, de porte elegante aún con su bata de barbero, catedrático de Fisiología de la Universidad Central de Madrid, en la década de los sesenta del siglo pasado, trajo aires de modernidad a su cátedra y laboratorio gracias a la Fundación Rockefeller.

Cuando explicaba la fisiología de la contracción muscular en la rana con un estímulo eléctrico sacó el aguijón de la curiosidad: ¡No olviden a Andrew Huxley! ha establecido las bases de la electrofisiología de los potenciales de acción en la conducción nerviosa, pero sobre todo no olviden nunca a la familia Huxley que debe conocer todo médico.

Al cabo de los años encontré en la feria de libros viejos de la Cuesta de Moyano un librito seductor “Introducción al estudio de la ciencia” (1906) de Tomás Huxley y comencé a visitar y conocer a la familia Huxley.

El más conocido era el escritor inglés Aldous Huxley con su “Un mundo feliz” (1932) donde predijo la aparición de las técnicas reproductivas, dentro de una visión de la humanidad robotizada por las tecnologías y la genética y su penetrante e inteligente novela “Ciego en gaza” (1936)

Aldous Huxley era nieto de Thomas Henry Huxley (1825-1845) coetáneo y defensor de la teoría de la evolución de Charles Darwin (1809-1882), aunque como sostiene Ló-

## La educación es inculcar, inocular curiosidad, hacer razonar y despertar un pensamiento crítico imprescindible para saber aprender toda la vida

mera esposa Julia Arnold, cuatro hijos: el prestigioso Julian Huxley, autor de “Ensayos de un biólogo”, Trevenen, Margaret y el mencionado Aldous Huxley. En segundas nupcias tuvo dos hijos: David y el ponderado en clase de Fisiología por el profesor Gallego, Andrew Fielding Huxley (1917-2012) que fue premio Nobel de Medicina en 1963, y que elaboró la teoría de la “bomba de sodio” como mecanismo de la transmisión del impulso nervioso. A la postre tenía razón don Antonio Gallego, la familia Huxley es símbolo y síntesis de ciencia, medicina y literatura. Un ejemplo en el actual páramo gris de “La civilización del espectáculo” disecado por Mario Vargas Llosa (2012).

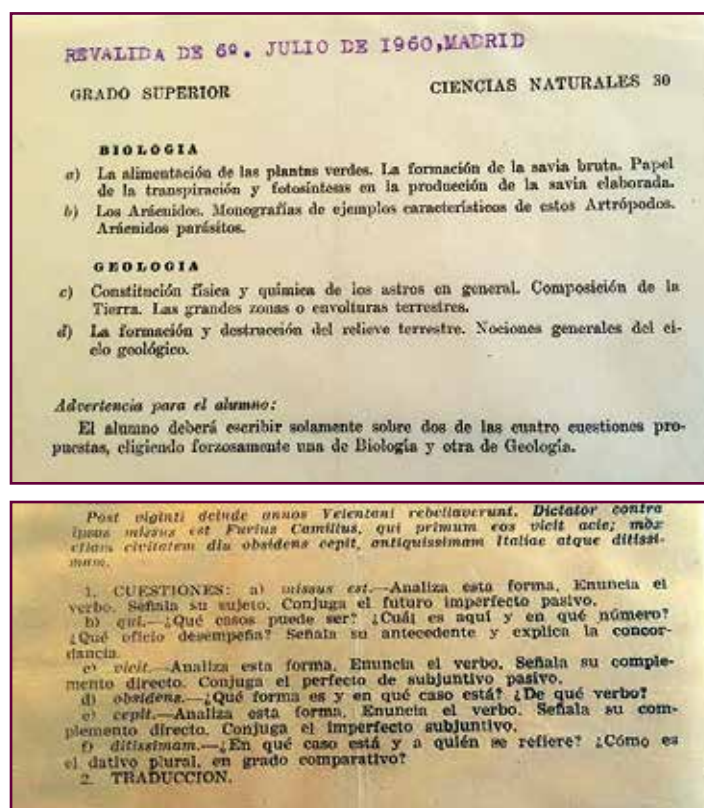
Cuando acabó el curso Gallego nos lanzó otra advertencia: ¡No pierdan ustedes nunca el “espíritu universitario”!

Décadas después leí a don Gregorio Marañón (Alfredo Juderías, *Idearium de Marañón*, 1960) para quien el espíritu universitario consistía en “amar a la verdad, sobre todas las cosas, sin dogmatismos; en saber dudar, haciendo de la duda el arma eficaz y renovada de la verdadera ciencia; en ser tolerante con todo

aquello con que no estamos conformes; tener la curiosidad siempre alerta y manejar con soltura los instrumentos y las técnicas del saber”.

Esta idea del espíritu universitario, hoy está casi perdida y obscurcida por la dictadura de lo políticamente correcto, el dogmatismo populista y la guadaña del progreso tecnológico que ha traído el abotargamiento y la disolución del pensamiento crítico.

Don Fernando de Castro, catedrático de Histología, último y querido discípulo de Cajal, con voz seria y bronca, con tintes de amargura porque le habían sustraído el premio Nobel por sus estudios del cuerpo carotídeo, daba unas clases un poco tristes, secas, incomprensibles para los alumnos recién llegados de los colegios e institutos, envueltas en un halo enigmático en la obscuridad para proyectar las diapositivas. La huella que más me impresionó fue su frecuente frase al describir alguna organela u orgánulo del citoplas-



Papeletas del examen de ciencias naturales, reválida de sexto curso, julio 1960, y latín, reválida de cuarto curso, mayo 1958.

## Esta idea del espíritu universitario, hoy está casi perdida y obscurcida por la dictadura de lo políticamente correcto

pez Piñero (Darwin, Universidad de Valencia, 2008) “resulta injusto considerarlo un mero divulgador; desconociendo su talla de investigador como experto en anatomía y la independencia de sus criterios”.

Tomás Huxley se casó con Henrietta Hearthorn y tuvieron siete hijos: Noel, Janie, Marian, Leonard, Nettie, Rachel y Henry.

Leonard Huxley tuvo con su pri-

ma de la célula: ¡es inmensamente grande! y añadía ¡dos micras! Esto nos parecía una exageración cómica. Pero un era el lenguaje de un nuevo mundo: el nanomundo de la materia.

Si un nanómetro -expresado como 1 nm- es una unidad de longitud equivalente a la milmillonésima parte de un metro o la milésima parte de una micra (Serena Domingo, La nanotecnología, 2010) ya no me extraña que dos micras a don Fernando le parecieran un mundo gigante.

Don Juan José López Ibor, catedrático de Psiquiatría y Psicología Médica, pronunció un día en sus clases: “las palabras del médico son oro molido” y quedaron en mi mente como fósiles en el ámbar. Sí, después de medio siglo de práctica médica, las palabras del médico pueden ser oro molido pero también palabras como bisturís. El objetivo del médico es el cuidado de los enfermos, con capacidad para detectar sus preocupaciones y expectativas, y transmitir con su lenguaje oral y gestual esperanza y compasión.

El profesor de Farmacología de la Universidad Autónoma Antonio G. García en su discurso de ingreso en la Asociación Española de Médicos Escritores y Artistas el de mayo de 2018 citó unas hermosas palabras de don Teófilo Hernando: “todo consejo médico es un fármaco, desde el antibiótico que cura o el analgésico que alivia, hasta la palabra, no solo capaz de aliviar y curar, sino incluso de producir una reacción adversa por un mecanismo semejante al de cualquier medicamento”.

En un examen oral de Patología Médica de la cátedra de don Vicente Gilsanz, el profesor Palacios Mateos, de cara redonda, ojos avispados y media sonrisa irónica, me dijo que hablara sobre la fórmula leucocitaria en las infecciones bacterianas. Y no recuerdo por qué, al final de mis explicaciones mencioné que en la fase final de las infecciones aparecen los eosinófilos como “aurora de curación”. Entonces, el profesor Palacios me dijo de forma dura y conmisericordiosa: “Yo no conozco más aurora que la boreal”.

Curiosamente este año he comprado en los tableros de una librería de lance el libro de mi profesor de Patología General Manuel Bermejillo Martínez (“Lecciones de Patología General y Exploración Clínica”, editor Marbán, 1957). Pues bien, en la página 167 leo con asombro: “Los eosinófilos desaparecen de la sangre periférica durante la fase aguda y de intensa lucha en las infecciones piógenas y supuratorias... reapareciendo después de una flogosis aguda

como “aurora de la curación”. Con este párrafo he podido cicatrizar la herida emocional humillante más de medio siglo después.

Por cierto, que para Jacob Petrus (‘Aquí La Tierra’, 2015) las auroras austral y boreal se originan porque las moléculas de oxígeno e hidrógeno se toman fluorescentes después de recibir el impacto de una tormenta solar. Las tormentas solares proyectan una cantidad de radiación electromagnética sobre la Tierra y es desviada hacia los polos de nuestro planeta gracias a la acción de una capa que nos protege, la magnetosfera.

En esta cátedra de Bermejillo, fui alumno interno con doña Jimena Fernández de la Vega (1895-1984), profesora de gran cultura, rigor científico en su disciplina (Teoría de la herencia y herencia molecular, editorial Paz Montalvo 1963) y exquisito humanismo, pionera de la Genética Médica en España, generosa con muchas palabras carámbaro, que me indujeron un gran efecto retardado a lo largo de la vida.

Doña Jimena, ya anciana y algo heteróclita, estaba perdida en el laberinto del hospital Clínico de san Carlos, a pesar de ser la jefa del Servicio de Genética y Constitución. Sin duda, era un inteligente aguijón dentro del páramo cultural oficial. Nos transmitía inquietud y desasosiego, y su estímulo era para inducirnos a rebelarnos con preguntas.

Jorge Wagensberg en sus aforismos (“Si la naturaleza era la respuesta, ¿cuál era la pregunta?”, 2003) afirma que “preguntar es rebelarse, contestar es adaptarse”. Doña Jimena poseía un increíble virtuosismo para la exploración física del enfermo, hoy venida a menos. En ocasiones auscultaba con ¡un paño de seda! sobre la superficie torácica. Percutía los vértices pulmonares y detectaba cavernas tuberculosas que luego se confirmaban en la radiografía de tórax. Causa vértigo ver cómo en medio siglo se ha llegado de la exploración milenaria hipocrática a las técnicas de imagen como la tomografía axial computarizada o la tomografía por emisión de positrones. Nos hacía discernir entre la medicina científica de sus maestros Gustavo Pittaluga (1876-1956) y Roberto Novoa Santos (1885-1933) y

**Doña Jimena poseía un increíble virtuosismo para la exploración física del enfermo. En ocasiones auscultaba con ¡un paño de seda!**



El escritor inglés Aldous Huxley.

**Asombra cómo los influjos de una inteligente profesora pueden prender en la mente juvenil egotista y perdurar con los años**

la retórica de gabinete de don José de Letamendi (1828-1897) el controvertido catedrático de Patología General del siglo XIX que suspendía de forma reiterada a don Pío Baroja.

Ahora me regurgitan sus revulsivas preguntas: ¿pero dónde está la “urdimbre” de que habla Rof Carballo? Sí, tenía razón, está en el olvido como una teoría especulativa de la relación entre las emociones y el sistema límbico del cerebro. Sin embargo, doña Jimena adoraba a Severo Ochoa de Alborno (1905-1993), galardonado en 1959 con el premio Nobel de Medicina por su descubri-

miento de la ARN-polimerasa y nos decía: ¡ya está en nuestras manos gran parte del misterioso código genético! Y era cierto, este camino ha llevado hasta la genómica, una nueva disciplina científica, rama de la genética molecular, que estudia la estructura del genoma completo de un organismo determinado, y se ocupa de su cartografía y secuenciación.

Otras palabras carámbaro que ahora acaricio descongeladas son: “¡la materia es insondable!”, “las manos del médico son inefables! Y una confesión: “don Gregorio Marañón me decía que se había arrepentido de no haber dedicado más tiempo al microscopio”, y lo decía mientras miraba con el capilaroscopio nuestro lecho ungueal.

Asombra cómo los influjos de una inteligente profesora pueden prender en la mente juvenil egotista y perdurar con los años. Justo es reconocerlo en un país de adanistas y justo agradecerlo.

En el Diccionario Médico Biográfico Español (Ediciones Consorcio Americano, 1971) constan 492 médicos, solo 7 mujeres (1,4%), aunque en las orlas de la Facultad de Medicina de Madrid

en la década de los sesenta el porcentaje de mujeres oscila entre el 20% y el 30%.

Doña Jimena Fernández de la Vega, ilustre genetista y pionera del feminismo médico, falleció en Santiago de Compostela, en 1984, a los noventa años de edad.

#### El hospital y el sistema MIR

El profesor Julio Ortiz Vázquez (El Dentista del siglo XXI, nº 73, 2016), Jefe de Departamento de Medicina Interna en la entonces Ciudad Sanitaria de la Seguridad Social La Paz, tenía el don de la fascinación para sus discípulos y alumnos. Su agudeza e ironía eran inagotables. En un descanso de un pase de visita médica le comenté con cierto despecho y petulancia, que un enfermo de mi Sala, que era profesor de arte de la Universidad de Granada, me había regalado su tesis doctoral sobre una puerta del palacio de Comares. Don Julio me contestó: Bueno, pues como usted podría hacer una tesis sobre el endotelio del glomérulo renal, que viene a ser como una puerta. Ay; décadas después he sido miembro de tribunales de tesis doc-



torales sobre el endotelio vascular.

Al ver las entonces radiografías simples de cráneo era frecuente advertir la glándula pineal calcificada. Yo era Médico Residente de Medicina Interna y el profesor Ortiz Vázquez me decía “no desprecie usted la glándula pineal, donde Descartes localizaba el alma”.

Visto con la perspectiva de más de medio siglo, al releer la universitaria y universal Historia de la Filosofía (Biblioteca Revista de Occidente, 1975) de don Julián Marías, me conmueve el siguiente párrafo (página 214) dentro del capítulo dedicado a René Descartes (1596-1650): “en el hombre, la glándula pineal -el único órgano impar que encuentra, y además de función desconocidas el punto en que el alma y el cuerpo pueden accionarse mutuamente. El alma orienta desde allí el movimiento de los espíritus animales, y también a la inversa”. Descartes en su “Les Passions de l'Âme” escribe... “me parece haber reconocido con evidencia que la parte del cuerpo en la que el alma ejerce inmediatamente sus funciones, no es en absoluto el corazón, ni tampoco todo el cerebro, sino solo su parte más interna, que es cierta glándula muy pequeña,



Residencia de profesores. Universidad Javeriana de Cali, Colombia.

la glándula pineal”. Una curiosidad: El anatomista Berengario da Carpi (1460-1530), impartió enseñanzas en la Universidad de Padua, realizó más de un centenar de disecciones de cadáveres y descubrió algunos órganos desconocidos, entre ellos la glándula pineal (Pedro Gargantilla, Breve historia de la Medicina, 2017).

Esta teoría cartesiana hoy causa perplejidad, pero sí sabemos que la glándula pineal o epifisis es una glándula neuroendocrina constitui-

da por células con función neurosecretora. Es un órgano diencefálico, esférico y aplanado del tamaño de un guisante, que se halla en la línea media; tiene dos poblaciones celulares: los pinealocitos, que segregan melatonina y las células intersticiales. Y además existen áreas extracelulares de calcificación denominadas cuerpos arenáceos o acérvulos, ¿las que veíamos en la radiografía lateral del cráneo en nuestros enfermos?

### Epílogo

‘Palabras perdidas’ es un combativo libro de Fernando Pérez Peña, profesor de Patología Médica del hospital Clínico de san Carlos, una recopilación de sus discursos para algunos médicos (Ediciones Doce Calles, 2002). Debemos recoger las palabras perdidas -¿congeladas?- sobre nuestra educación sentimental y darles vida, porque pueden exudar conocimiento y sabiduría, ayudarnos a tener bondad y empatía.

Cuando fui invitado por la Universidad Javeriana de Santiago de Cali (Colombia) y me hospedé en su residencia pude leer “Llegaste a Casa Villa Javier. Nos gustan los seres íntegros que inspiran a otros. Míralo distinto: hazlo diferente. ¿Sabes? Uno también se puede graduar cum laude de la vida”.

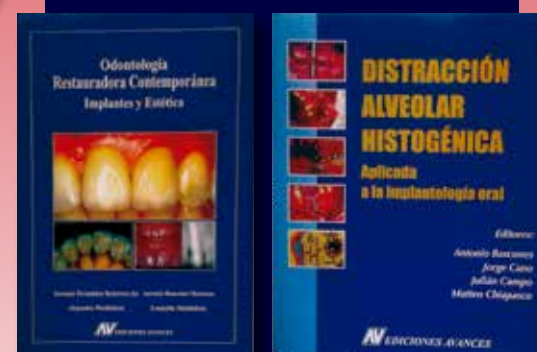
Palabras vivas, espíritu universitario, un estímulo para ser mejores personas, mejores médicos: por eso antes de morir debemos derretir el hielo que nos quede.

**Francisco Javier Barbado Hernández** es ex Jefe de Sección de Medicina Interna del Hospital Universitario La Paz y ex Profesor Asociado de la Universidad Autónoma de Madrid.

# ¡OFERTA ESPECIAL!

## SOLO 100 EUROS AL AÑO

Suscríbese ahora por un año y reciba de regalo una de estas obras de referencia de la odontología española



Contacte con nosotros en:  
avances@arrakis.es  
ó 915334212

Reciba cómodamente  
‘El dentista del Siglo XXI’  
en su consulta, empresa  
o domicilio particular

